

20 de julio: "Día del amigo"

"El puente de madera"

Es bueno recordar los amigos de la infancia, de la juventud, del secundario, los de toda la vida con sus virtudes y defectos, que nos dejaron profundos recuerdos y anécdotas, como la que les cuento.

Vacaciones de 1956 o 57, en Palpalá, pueblo entonces, pujante ciudad luego impulsada por la Industria del acero a partir del mineral de hierro de los cerros de Zapla. Sufrida luego de la privatización o semicierre de la planta siderúrgica y con ganas de resurgir llevada por el temple de su gente.

Mes de enero y el calor apretaba, hora de la siesta de los mayores y de las aventuras de los pibes.

Pepe y el Pelado me buscaron para ir a bicicletear. Alcé la rodado 24 de mi hermano y fuimos a buscar a Mojarra, el cuarto integrante de la barra chica, de los más amigos, compañeros de juegos y travesuras.

Mojarra, haciendo honor a su apodo propuso ir a bañarnos al arroyo, situado atrás del Barrio Obrero, donde construyeron los Talleres, Plantas de Acería y Laminación. En una rápida pedaleada llegamos al bañadero: ¡Decepción! , estaban nuestros amigos de la barra grande, entre ellos mi hermano, que nos vedaron la entrada gritando:

-¡Rajen Pendejos, no tienen permiso para bañarse acá!.

Volvíamos decepcionados cuando Mojarra dijo:

-Vamos al río Grande, ¡en bici tardamos un ratito!.

A pedalear los cuatro y en minutos llegamos. Nueva frustración, el río estaba crecido, como todos los veranos, tiempo de tormentas en Jujuy. El agua color chocolate, las piedras rodaban y rebotaban entre ellas, rugiendo y salpicando barro. Nos paramos al lado del puente de madera, el único que permitía cruzar el río de Palpalá a Forestal.

Contemplamos el cauce embravecido, buscando aguas tranquilas y limpias, donde pudiéramos bañarnos y que por supuesto no encontramos. Se me prendió la lamparita, y dije:

- ¿Se animan a que vamos hasta el río Zapla?.

Me miraron inquisidores, me agrandé y expliqué:

-“El año pasado fui a caballo desde Forestal, donde vive mi tío. Hay un bañadero espectacular.

Esto último los decidió y partimos pedaleando con fuerza, en un rato llegamos al Centro Forestal, seguimos por la única calle que nos llevó a la cancha de fútbol, enorme para nuestros jóvenes años y donde años más tarde (1960) jugó Altos Hornos Zapla el campeonato de ascenso de la LIGA JUJEÑA, que ganó invicto y empatando sólo un partido. Luego intervendría en los campeonatos Nacionales de AFA, años 1975 y 78 con bastante éxito.

Seguimos hasta el aserradero, doblamos a la izquierda y vimos una laguna, alimentada por una pequeña acequia y con salida similar, donde según los pobladores vivían un yacaré gigante y otros pequeños. Yo nunca los vi, los lugareños afirmaban que salían a distintas horas, solo ellos los veían y decían alimentarlos con restos de comida, ya que se había terminado con la fauna autóctona de la laguna. Mojarra quiso bañarse, pero no lo dejamos y retomamos el camino.

Pasamos junto a una batería de hornos de carbonización que humeaban en distintas densidades y tonalidades según el estado de transformación de la leña en carbón. Atrás de los hornos estibas de leña de eucaliptus esperaban para ser introducidas y carbonizadas. Separando las dos hileras de hornos en una ancha playa estaba estacionado un acoplado de barandas altas, que llevaría el carbón vegetal producido hasta los Altos Hornos, en Palpalá.

Un largo camino que me pareció interminable, se extendía en medio del bosque de eucaliptus y parecía abalanzarse sobre nosotros, a la vez que nos protegía del intenso sol. El Pelado propuso regresar, pero la mayoría decidimos continuar e imprimimos velocidad a nuestros rodados; al final de la recta arribamos al badén del río Zapla y divisamos el ansiado bañadero, alzamos las bicis y caminando por la playa fuimos a él,

al pie de una peña y en un recodo del río, lo suficientemente grande para nuestros escasos años. Dejábamos las bicis, cuando Mojarra ya se había zambullido y nos desafiaba a seguirlo. Al unísono caímos a su lado, haciendo la “Bomba”. Nos enfrascamos en una guerra, donde nos tiramos tanta agua que pensé que vaciaríamos el río. Luego buceamos piedras que arrojamos y después saltamos de la peña sintiendo que éramos campeones de saltos ornamentales. Agotados, más por la bicicleteada que por el baño, nos tendimos junto al río quedando en breve dormidos.

El estrépito de un trueno me despertó y confieso que me asustó. Más aún, que en el breve reposo junto al río, soñé que se había desatado una tormenta y la consecuente crecida había arrasado con el puente de madera que unía Palpalá con Forestal. Miré el cielo cubierto de nubes y pedí a Dios que el sueño fuera solo eso. Había escuchado de sueños premonitorios y me preocupé. Les grité a mis amigos: - Vamos que viene la tormenta. No fue necesario, ya montaban sus bicicletas y comenzamos un apresurado regreso. Aprovechando la pendiente imprimimos velocidad a nuestros rodados y en breve llegamos a los hornos de carbonización, luego a la laguna, donde nos alcanzó la tormenta. Una intensa cortina de agua nos empapó en segundos y también llegó la noche. Las escasas luces del pueblo nos permitían avizorar o adivinar el camino. Pasamos las casas y la oscuridad se hizo total, nos guiábamos por los charcos para conducir los rodados. Sentí crecer la angustia y que un nudo se había formado en mi garganta, las sienes golpeaban ambos lados de mi frente y las pulsaciones se repetían incesantemente. Repasé mi sueño y vi el puente arrasado, ¡Otra vez! ¡justo cuando vinimos en barra a bañarnos!, me sentí responsable por mis amigos, por llevarlos a un lugar desconocido y peligroso. Giré la cabeza y observé sus rostros, entre preocupados y temerosos. La tormenta no amainaba, el agua nos chorreaba de la cabeza a los pies, la oscuridad era total, no distinguía a mis amigos, pero los sentía pedalear y jadear.

Sentíamos el rugido del río, el furioso entrechocar de las piedras nos avisó que las aguas corrían tumultuosas, fuera de control. Imaginé el puente montado en la cresta de una tremenda ola, volando hacia su destrucción, incomunicando a Forestal y dejándonos prisioneros en un pequeño pueblo desconocido. Miré hacia el estrépito pretendiendo ver el río, pero la oscuridad me lo impidió. Me pareció ver titilar una lucecita, que supuse era la casa del vigilante en el ingreso a Centro Forestal y apareció la silueta desdibujada por la oscuridad y la tormenta. Recordé que el río y el puente estaban a escasa distancia y aceleré el pedaleo. Mis pulsaciones aumentaron, también el

nudo en mi garganta, la angustia me invadió y lloré de impotencia al sentirme culpable. El estrépito de las aguas me hizo adivinar el río desbordando su cauce y llevándose el puente. Agotado encaré el terraplén que llevaba al puente esperando sentirlo ceder por el impulso arrollador de las aguas, pero estaba firme. Al momento un relámpago iluminó la noche y apareció el puente. Sin poder creerlo desmonte de la bicicleta antes de pisar su estructura de madera y vigas:- ¡El puente!, grité a mis amigos, ¡el puente está! Sin desmontar de sus rodados pasaron junto a mí y gritaron: -Claro que está Bolú ¿Creíste que se lo llevaba el río?. Y estallaron en una carcajada. Yo también reí, la tensión cedió, mis fuerzas volvieron. Monté la bici y los seguí. A la distancia las luces de Palpalá, nos señalaban el camino. Imaginé el gesto adusto y el reto de mí padre y el rostro compungido y aliviado de mí madre.

Recuerdo la aventura, los amigos de mi infancia, los sueños compartidos. Pepe soñaba recorrer el mundo, un día se fue y no volvió. El Pelado me visitó en el Sanatorio cuando estuve internado y recordamos nuestra infancia. Se lo llevó una terrible enfermedad, Mojarra murió hace muchos años en la presa de decantación de Zapla, donde pescaba y nadaba. Originó una leyenda, dicen que por su afición al agua se había transformado en pez y habitaba esa represa, donde años después mataron un yacaré. Dijeron que era mojarra, No lo creo, aún lo veo nadando en el bañadero del río Zapla y disfrutando la AMISTAD.

Jorge Topp

